

Sociedad de riesgo: el contexto de la política británica*

Anthony Giddens**

El autor plantea en este artículo que la sociedad de riesgo, que es la forma actual asumida por la modernidad, nace de un sistema de seguridades regidas por la tradición y avanza hacia la creación de un mundo de incertidumbres. Por una parte, al librarse de las restricciones de la sociedad tradicional pone a sus miembros en la situación de tomadores de riesgos, en la medida en que los diversos aspectos de la vida social son producto de toma de decisiones y no obra de un destino asumido. Por otra parte, la irrupción de la ciencia y la tecnología en los diversos aspectos de la vida social y particularmente de la vida familiar e individual, lleva hasta esos confines las consecuencias negativas de muchos de sus productos. La ciencia y la tecnología abren el abanico de las opciones, pero también amplían el espectro de los peligros implícitos en esas opciones. El autor señala la interconexión existente entre los diversos tipos de riesgos que caracterizan al momento actual: riesgos ecológicos que repercuten en el mundo financiero, en la moral social y en el mundo de la política. Todo intento por controlar y moldear el futuro, es decir, toda actividad constructora de riesgos trae consecuencias no deseadas o negativas sobre el propio orden social.)

¿Qué tienen en común las siguientes cosas: EBE;¹ los problemas en Lloyd's; el asunto Nick Leason; el calentamiento global; el hecho de que el vino tinto sea bueno para la salud y el número decreciente de espermatozoides? Todas reflejan la gran oleada de cambio que estamos viviendo hoy en día. Gran parte de este cambio está ligado al efecto de la ciencia y la tecnología en nuestras actividades cotidianas y en el entorno material. Por supuesto que el mundo moderno se ha conformado desde hace mucho tiempo por la influencia de la ciencia y del descubrimiento científico. Pero la medida que se acelera el ritmo de la innovación, las nuevas tecnologías penetran cada vez más profundamente en nuestras vidas; y cada vez más aspectos de lo que sentimos y vivimos aparece en el escenario científico.)

Esta situación no conduce a una mayor certeza acerca del mundo, tampoco a una mayor seguridad en él –de cierta forma ocurre lo

* Este artículo aparecerá publicado en Franklin, J. (ed.), *The Politics of Risk Society*, Oxford, Blackwell. Traducción de Lucrecia Orensanz.

** Director de la London School of Economics and Political Science, Universidad de Londres.

¹ Encefalopatía bovina esponjiforme (*Bovine Spongiform Encephalopathy*), también conocida como "enfermedad de las vacas locas".

contrario. Como ha señalado sobre todo Karl Popper, la ciencia no produce pruebas y no puede más que acercarse a la verdad. Los fundadores de la ciencia moderna creyeron que ésta generaría un conocimiento asentado sobre bases sólidas. Popper, en cambio, supone que la ciencia está construida sobre arenas movedizas. El primer principio del avance científico es que incluso las teorías y creencias más atesoradas están sujetas a revisión. Así, la ciencia es una empresa inherentemente escéptica que implica un proceso de constante revisión de aquello que reclama ser considerado conocimiento.

El carácter escéptico y veleidoso de la ciencia estuvo durante mucho tiempo aislado del dominio público más amplio –aislamiento que perduró mientras la ciencia y la tecnología estuvieron relativamente restringidas en sus efectos sobre la vida cotidiana. Ahora todos tenemos contacto regular y frecuente con estos rasgos de la innovación científica. Por ejemplo, en una época los investigadores consideraban que las consecuencias del vino tinto en la salud eran esencialmente dañinas. La investigación más reciente indica que, si se toma con moderación, los beneficios del vino tinto a la salud superan sus daños. ¿Qué mostrará la investigación de mañana? ¿Quizás revele que, después de todo, el vino tinto sí es dañino?

No sabemos ni podemos saber –y sin embargo todos nosotros como consumidores debemos responder de un modo u otro a este marco inestable y complejo de aseveraciones y contraaseveraciones científicas. Si uno vive en el Reino Unido, ¿debe comer carne de res? Quién sabe. Los riesgos a la salud parecen ser leves. Sin embargo, existe por lo menos la posibilidad de que dentro de cinco, diez o veinte años haya un brote de enfermedad relacionada con EBE en la población humana.

No sabemos ni podemos saber –lo mismo se aplica a una diversidad de nuevas situaciones de riesgo. Tómense, por ejemplo, el número decreciente de espermatozoides recientemente detectado. Algunos estudios científicos alegan firmemente que la creciente infertilidad masculina está relacionada con la acción de toxinas ambientales. Otros científicos, sin embargo, cuestionan la misma existencia del fenómeno, sin mencionar las explicaciones presentadas al respecto. El calentamiento global es considerado real por la mayoría de los especialistas del área, aunque no faltan los expertos que niegan su existencia o que lo consideran producto de fluctuaciones climáticas a largo plazo y no del efecto invernadero.

Parece que el mercado de seguros de Lloyd's se recuperó por el momento de los desastrosos problemas financieros que lo asolaron

durante los últimos años. Popularmente, se consideró que estos problemas estaban vinculados con cuestiones de clase –con la expectativa complaciente de los “nombres importantes” y sus agentes. De hecho, tuvieron su origen básico en el carácter cambiante del riesgo. A Lloyd’s lo afectaron, entre otras cosas, los hallazgos sobre la toxicidad del asbesto y una serie de desastres naturales –que posiblemente ni siquiera eran “naturales”, sino más bien influidos por el cambio climático global. El número anual de tifones, huracanes y otros disturbios climáticos en el mundo ha aumentado durante los últimos quince años. Con sus compromisos masivos de entregas futuras, Lloyd’s –al igual que otras aseguradoras menores– podría quedar financieramente inhabilitado en cualquier momento por las consecuencias negativas aún insospechadas de nuevos hallazgos científicos o cambios tecnológicos.

Simon Sebag Montefiore escribió un interesante recuento de las aventuras de Nick Leason y el Barings Bank. Sebag Montefiore sugiere que hay dos maneras distintas de interpretar lo que ocurrió en Barings (así como los eventos en Lloyd’s). Por un lado, hay una explicación que combina clase y corrupción. De acuerdo con esta concepción, Barings Bank quebró porque tenía una administración corrompida de clase alta, que no podía ajustarse a las exigencias de un orden económico mundial dinámico.

Sebag Montefiore duda de esta explicación. Sostiene que quienes trabajan en los confines del sistema financiero, y particularmente en los mercados de entregas futuras –mercados complejos donde los tratos pueden hacerse sobre movimientos de precios que todavía no han ocurrido y que nunca pueden ocurrir–, son como astronautas. Se salieron del mundo de los banqueros y de los expertos financieros –y se salieron sin “cuerda de seguridad”. Nick Leason se alejó demasiado de todo suelo firme, no obstante la mayoría de los demás logran mantenerse sujetos a su cápsula espacial.

Sebag Montefiore tiene una frase muy llamativa para describir esta situación. Dice que Nick Leason y otra gente como él “operan en los confines del mundo ordenado, en la última frontera barbárica de la tecnología moderna”. En otras palabras, están involucrados con sistemas que ni ellos mismos entienden, así de dramática es la embestida de cambio en la nueva economía global y electrónica. Esto para mí es correcto, no obstante pienso que el argumento puede generalizarse aún más. No es sólo la gente como Nick Leason, no son sólo los nuevos empresarios financieros, quienes viven en los confines barbáricos de la tecnología moderna. Ahora todos vivimos ahí –y yo diría

que ésta es la característica que define lo que Ulrich Beck llama sociedad de riesgo (*risk society*). Una sociedad de riesgo es una sociedad donde vivimos cada vez más en una elevada frontera tecnológica que absolutamente nadie entiende por completo y que genera una diversidad de futuros posibles.

Los orígenes de la sociedad de riesgo pueden rastrearse hasta dos transformaciones fundamentales que afectan nuestras vidas actuales. Cada una está relacionada con la creciente influencia de la ciencia y la tecnología, aunque no totalmente determinada por éstas. La primera transformación puede llamarse *el fin de la naturaleza*, y la segunda, *el fin de la tradición*.

El fin de la naturaleza no se refiere a un mundo donde desaparece el medio ambiente natural. Se refiere a que ahora hay pocos aspectos del mundo físico –si es que queda alguno– que no hayan sido tocados por la intervención humana. El fin de la naturaleza es relativamente reciente. Ha ocurrido más o menos durante los últimos cuarenta o cincuenta años y en gran medida debido a la intensificación del cambio tecnológico señalada antes.

Claro que no es algo que pueda fecharse con precisión, pero se puede trazar a grandes rasgos cuándo ocurrió el fin de la naturaleza. Ocurrió cuando se dio la transición de las antiguas ansiedades de la gente acerca de la naturaleza hacia un nuevo conjunto de preocupaciones. Durante cientos de años la gente se preocupó por lo que la naturaleza podía hacerle: terremotos, inundaciones, epidemias, malas cosechas y demás. En algún punto, ubicado más o menos en los últimos cincuenta años, dejamos de preocuparnos tanto de lo que podría hacernos y comenzamos a preocuparnos más de lo que nosotros le hemos hecho. Esta transición define uno de los principales puntos de entrada a la sociedad de riesgo. Es una sociedad que vive después de la naturaleza.

Sin embargo, también es una sociedad que vive después de la tradición. Vivir en el fin de la tradición implica esencialmente estar en un mundo donde la vida ya no se vive como destino. Para mucha gente –y esto sigue siendo una fuente de división de clases en las sociedades modernas–, varios aspectos de la vida los establecía la tradición como destino. Era el destino de una mujer dedicarse a lo doméstico gran parte de su vida, tener hijos y cuidar la casa. Era el destino de los hombres salir a trabajar hasta retirarse y después –a menudo enseguida del retiro– esencialmente desaparecer. En ese proceso que Ulrich Beck llama individualización, hemos dejado de vivir nuestras vidas co-

mo destino. Una sociedad que vive después de la naturaleza y después de la tradición es en realidad muy distinta de la forma anterior de sociedad industrial –la base para el desarrollo de las principales tradiciones intelectuales de la cultura occidental.

Para analizar qué es la sociedad de riesgo hay que hacer una serie de distinciones. Primero, debe separarse el riesgo del peligro. El riesgo, como tal, no es lo mismo que el peligro. Una sociedad de riesgo no es intrínsecamente más peligrosa que las formas preexistentes de orden social. En este contexto es instructivo rastrear los orígenes del término “riesgo”. La vida en la Edad Media era peligrosa, pero no existía la noción de riesgo y, de hecho, no parece existir una noción de riesgo en ninguna cultura tradicional. La razón de esto es que los peligros se experimentan como dados. Vienen ya sea de Dios o simplemente de un mundo que se da por hecho. La idea de riesgo está ligada a la aspiración de controlar, y particularmente con la idea de controlar el futuro.

Esta observación es importante. La idea de “sociedad de riesgo” puede sugerir un mundo que se ha vuelto más peligroso, aunque esto no es necesariamente así. Más bien, lo que genera la noción de riesgo es una sociedad cada vez más preocupada por el futuro (y también por la seguridad). Es interesante que la idea de riesgo la usaron por primera vez los exploradores occidentales cuando se aventuraron hacia nuevas aguas en sus viajes alrededor del mundo. La idea se transfirió de la exploración del espacio geográfico a la exploración del tiempo. La palabra se refiere a un mundo en el que buscamos tanto explorar como normalizar y controlar. Esencialmente, el “riesgo” siempre tiene una connotación negativa, porque se refiere a la posibilidad de evitar un resultado indeseado. Pero a menudo puede verse de manera positiva, en el sentido de tomar iniciativas audaces frente a un futuro problemático. Los que se arriesgan exitosamente, sea en la exploración, en los negocios o en el montañismo, son ampliamente admirados.

Se debe distinguir entre riesgo y peligro, pero también entre dos tipos de riesgo. Los primeros doscientos años de la sociedad industrial estuvieron dominados por lo que podría llamarse *riesgo externo*. El riesgo externo, expresado en términos concretos, es el riesgo de los eventos que pueden asaltar a los individuos inesperadamente (desde afuera, pues), aunque ocurren con la suficiente regularidad y frecuencia en una población completa como para ser predecibles –y por lo tanto susceptibles de asegurarse. Hay dos tipos de seguro asociados

con el auge de la sociedad industrial: las compañías de seguridad privada y la seguridad pública, que es la principal preocupación del Estado benefactor (*welfare state*).

El Estado benefactor se volvió el proyecto de la izquierda en el periodo posterior a 1945 –se llegó a concebir sobre todo como un medio de lograr la justicia social y la redistribución del ingreso. Sin embargo, en general no se originó como tal. Se desarrolló como un Estado de seguridad, como un modo de protegerse del riesgo, donde era necesaria una seguridad colectiva y no privada. Al igual que las primeras formas de seguridad privada, se construyó sobre el supuesto de riesgo externo. El riesgo externo puede calcularse bastante bien –se pueden construir cuadros actuariales y usarlos para decidir cómo asegurar a las personas. La enfermedad, la incapacidad y el desempleo son tratados por el Estado benefactor como “accidentes del destino”, contra los cuales debe ofrecerse seguridad colectivamente.

Un mundo que vive después de la naturaleza y después del fin de la tradición es un mundo marcado por una transición del riesgo externo a lo que llamo *riesgo manufacturado* (*manufactured risk*). El riesgo manufacturado es un riesgo creado por la progresión misma del desarrollo humano, especialmente por la progresión de la ciencia y la tecnología. El riesgo manufacturado se refiere a nuevos ambientes de riesgo, para los cuales la historia ofrece muy poca experiencia previa. A menudo realmente no sabemos cuáles son los riesgos, y mucho menos cómo calcularlos a partir de tablas probabilísticas.

El riesgo manufacturado se está extendiendo en casi todas las dimensiones de la vida humana. Se asocia con una faceta de la ciencia y la tecnología que los primeros teóricos de la sociedad industrial no previeron. La ciencia y la tecnología crean tanta incertidumbre como la que disipan –y esta incertidumbre no puede “resolverse” sencillamente con más avance científico. La incertidumbre manufacturada incide directamente en la vida personal y social –no está confinada a los contextos más colectivos del riesgo. En un mundo donde ya no se puede depender simplemente de que la tradición establezca qué hacer en un rango determinado de contextos, las personas tienen que darle una orientación más activa y arriesgada a sus relaciones y compromisos.

La aparición de la sociedad de riesgo tiene varias consecuencias interesantes –que conciernen a cualquiera que se haya interesado por el debate sobre la EBE en Gran Bretaña y el continente europeo o, de hecho, por cualquiera de los episodios mencionados al principio de este trabajo.

A medida que se expande el riesgo manufacturado –o, si se quiere, a medida que se vive cada vez más en una sociedad de riesgo, en términos de Ulrich Beck–, el riesgo adquiere un nuevo carácter riesgoso. En un orden social donde las nuevas tecnologías afectan de manera crónica nuestras vidas, produciendo una revisión casi interminable de las formas establecidas de hacer las cosas, el futuro se vuelve cada vez más absorbente, aunque también cada vez más borroso. Hay pocas vías directas, sólo una pluralidad de “escenarios futuros”.

Hace poco fue el décimo aniversario del desastre nuclear de Chernobyl. Nadie sabe si son cientos o millones las personas que han sido afectadas por la lluvia radiactiva de Chernobyl. En todo caso va a ser difícil tabular los efectos a largo plazo pues, si es que existen, probablemente serán difusos. Estamos alterando casi constantemente el medio ambiente y los patrones de vida que seguimos. Incluso muchos hábitos o innovaciones aparentemente benignos pueden volverse dañinos –así como, a la inversa, los riesgos pueden a menudo sobrestimarse. Tómese el ejemplo del fumar. Hasta hace unos treinta años los médicos recomendaban fumar como un medio de relajación. Nadie se imaginaba la bomba de tiempo que estaba construyendo la práctica de fumar. Quizás resulte que los humanos no sean afectados. Es característico de los nuevos tipos de riesgo que se discuta incluso si existen o no.

En la sociedad de riesgo la política adquiere un nuevo clima moral, marcado por un estira y afloja entre acusaciones de alarmismo y de encubrimiento. Ahora una buena parte de las decisiones políticas se refieren al manejo de riesgos –riesgos que no se originan en la esfera política, pero que tienen que manejarse políticamente. Si alguien –funcionario de gobierno, experto científico o una persona inexperta– toma en serio un riesgo determinado, debe proclamarlo. Debe hacerlo público, porque hay que convencer a los demás que el riesgo es real –hay que armar un alboroto al respecto. Sin embargo, si se arma un alboroto y el riesgo resulta ser mínimo, se acusará a los implicados de alarmismo.¹

Supóngase en cambio que las autoridades deciden que el riesgo no es importante, como lo hizo el gobierno británico en el caso de la EBE. En este caso, el gobierno dice: tenemos el apoyo de los científicos; no hay gran riesgo, podemos seguir como antes. Aunque claro que si las cosas resultan ser distintas, serán acusados de encubrimiento.

Paradójicamente, el alarmismo puede ser necesario para reducir los riesgos que enfrentamos –aunque si resulta “exitoso” en este senti-

do, aparece como simple alarmismo. El caso del sida es un ejemplo. Supóngase que los gobiernos y expertos, para lograr que la gente cambie su conducta sexual, hacen un gran alboroto público acerca de los riesgos asociados con el sexo inseguro. Supóngase entonces que efectivamente muchas personas cambian su conducta sexual y el sida no se expande tanto como se había predicho. La reacción probablemente será: ¿por qué están asustando a todos así? Este tipo de dilema político se vuelve cotidiano en la sociedad de riesgo, aunque no se dispone de una forma de enfrentarlo, porque, como mencioné antes, incluso cuando sí hay riesgos, lo más probable es que sean controvertidos. Simplemente no podemos saber de antemano si estamos en realidad “alarmando” o no.

La aparición de la sociedad de riesgo no se refiere totalmente a evitar los peligros, por las mismas razones mencionadas antes. El riesgo tiene aspectos positivos. En la sociedad de riesgo, vista de manera positiva, hay una expansión de las opciones. Ahora bien, es evidente que las opciones tienen una distribución diferencial según clase e ingreso. Por ejemplo, a medida que la naturaleza y la tradición pierden fuerza, algunas mujeres infértiles pueden pagar para tener hijos por medio de las nuevas tecnologías reproductivas, mientras que otras no pueden hacerlo. Sabemos que en los contextos sociales destradicionalizados algunas mujeres viven en la pobreza después de divorciarse, mientras que otras logran una vida más gratificante que la que hubieran podido tener antes. La innovación tecnológica generalmente expande el dominio de la elección, como ocurre también cuando desaparece la tradición. A medida que las formas consuetudinarias de proceder se vuelven problemáticas, las personas deben hacer elecciones en áreas antes gobernadas por normas que se daban por hechas. Comer es un ejemplo: ya no hay dietas tradicionales.

La llegada de la sociedad de riesgo tiene fuertes implicaciones al repensar la agenda política en este país y en otros. La aparición del riesgo manufacturado supone una nueva política, porque supone una reorientación de los valores y de las estrategias adecuadas para cumplir con ellos. Ningún riesgo puede describirse sin hacer referencia a algún valor. Ese valor puede ser simplemente preservar la vida humana, aunque generalmente es más complejo. Cuando hay un choque entre los distintos tipos de riesgo, hay un choque entre valores y aparece una serie de preguntas directamente políticas.

La aparición de la sociedad de riesgo es muy relevante en el proyecto de Tony Blair para el nuevo Partido Laborista. A menudo se di-

ce que Blair es un conservador que está destruyendo los valores y perspectivas de la izquierda. Creo, por el contrario, que es uno de los pocos políticos importantes que están tratando de ajustarse a los profundos cambios que afectan la vida social y el orden global. En ese sentido, su orientación definitivamente podría describirse como radical. Sin embargo, la llegada de la sociedad de riesgo implica que la idea de modernización, que Blair considera central, debe repensarse.

La modernización, tal y como Blair usa el término, significa actualizar a Gran Bretaña. Tony Blair ha sido el arquetipo de modernizador en el Partido Laborista, aunque, más fundamentalmente, lo que quiere modernizar son las instituciones británicas –en este país modernizar lleva implícita la connotación de que Gran Bretaña está rezagada en varios aspectos importantes respecto a otras sociedades industriales. Esto se parece un poco a la primera explicación que presenta Sebag Montefiore sobre el colapso del Barings Bank –instituciones viejas y corrompidas que han perdido su relevancia para el mundo moderno.

El hecho de que hay algo en el proyecto de modernización, entendido así, puede notarlo cualquiera que entre a la Cámara de los Lores. Sin embargo, en la sociedad de riesgo, modernización significa algo distinto. La sociedad de riesgo es una sociedad industrial que se ha enfrentado a sus propias limitaciones y donde estas limitaciones asumen la forma de riesgo manufacturado. En este sentido, la modernización no puede ser simplemente “más de lo mismo”.

Aquí debemos distinguir entre modernización simple y reflexiva. La modernización simple es una modernización unilineal tradicional; la reflexiva, en cambio, implica ajustarse a los límites y contradicciones del orden moderno. Son evidentes en los nuevos dominios de la política asociados con varios tipos de movimientos sociales. Son evidentes en las protestas en vías públicas, en las manifestaciones por los derechos de los animales y en muchas de las alarmas alimenticias (*food scares*). La modernización de la segunda etapa –como la modernización reflexiva– no se parece a la modernización de la primera etapa. Creo que existe una oportunidad para que el debate político en este país se adelante a muchos otros países europeos en este sentido, y me gustaría ver que esto pasara. La modernización reflexiva, al igual que el riesgo en general, no es de ninguna manera una perspectiva completamente negativa y ofrece muchas posibilidades de compromiso político positivo.

Nuestra actual relación con la ciencia y la tecnología es distinta de la relación característica de la sociedad industrial inicial. Durante

unos dos siglos, la ciencia en la sociedad occidental funcionó como una forma de tradición. Se suponía que el conocimiento científico debía superar la tradición, aunque en realidad se volvió una autoridad en su propio derecho y dada por hecha. La mayoría de la gente la respetaba, pero era externa a sus vidas. Los inexpertos “tomaban” opiniones de los expertos.

Cuanto más intervienen la ciencia y la tecnología en nuestras vidas, tanto menos se mantiene esta perspectiva externa. La mayoría de nosotros –incluyendo a las autoridades de gobierno y los políticos– tenemos, y debemos tener, una relación más dialogada y comprometida con la ciencia y la tecnología. No podemos simplemente “aceptar” los hallazgos producidos por los científicos, porque éstos están en desacuerdo demasiado a menudo y sobre todo en cuestiones de riesgo manufacturado. Ahora todos reconocen el carácter esencialmente escéptico de la ciencia, mencionado antes. Siempre que alguien decide qué comer, qué desayunar o si tomar café descafeinado o negro, está tomando la decisión en un contexto de información científica y tecnológica contradictoria y cambiante.

No hay forma de salir de esta situación –todos estamos atrapados en ella, incluso si decidimos proceder “como si no supiéramos nada”. La política debe dar alguna forma institucional a este compromiso de diálogo, porque por el momento sólo concierne a ciertos grupos de interés, que en su mayoría actúan fuera del principal dominio político. Actualmente no disponemos de instituciones que nos permitan vigilar el cambio tecnológico. Se hubiera podido evitar el desastre de la EBE si ya se hubiese establecido un diálogo público acerca del cambio tecnológico y de sus consecuencias problemáticas. Enoch Powell comentó que nada afecta nuestras vidas tanto como el cambio tecnológico, y tenía razón –pero este cambio está completamente fuera del sistema democrático. Disponer de más medios públicos para relacionarse con la ciencia y la tecnología no acabaría con el dilema entre alarmismo y encubrimiento, pero permitiría silenciar algunas de sus consecuencias más dañinas.

Estas consideraciones son relevantes para repensar el Estado benefactor. El Estado benefactor se fundó en una sociedad donde la naturaleza seguía siendo la naturaleza y la tradición seguía siendo la tradición. Esto es evidente, por ejemplo, en las disposiciones para cada género en el Estado benefactor posterior a 1945, que simplemente suponía la continuidad de la “familia tradicional”. Es evidente en los términos de crecimiento del *National Health Service* [Servicio Nacional

de Salud], que se estableció como mecanismo para responder a la enfermedad entendida como riesgo externo.

En un mundo de compromiso más activo con la salud, con el cuerpo, con el matrimonio, con el género, con el trabajo –en una época de riesgo manufacturado–, el Estado benefactor no puede seguir con la forma que desarrolló a partir del acuerdo posterior a 1945. La crisis del Estado benefactor no es solamente fiscal, sino una crisis de manejo de riesgo en una sociedad dominada por un nuevo tipo de riesgo.

Estas observaciones son relevantes para la división de clases. Lo que J. K. Galbraith llama “cultura de contentamiento” (*culture of contentment*) fue un poco como una estrella fugaz –no hay cultura de contentamiento. Una razón por la que muchos grupos de clase media y de profesionistas han abandonado los esquemas de bienestar público se relaciona con cierta actitud hacia el manejo del riesgo. En la sociedad de riesgo las clases medias se desprenden del suministro público y en cierto sentido tienen derecho a hacerlo, porque ese suministro se orientaba hacia una situación e interpretación distintas del riesgo. Cuando la gente tiene una orientación más activa de sus vidas, también tiene que tener una orientación más activa del manejo del riesgo, así que no sorprende que aquellos que pueden tiendan a abandonar los sistemas de beneficencia existentes.

El debate político en Gran Bretaña debe tomar más en cuenta la significancia de los debates ecológicos, que están a su vez profundamente vinculados con el avance del riesgo manufacturado. Las cuestiones ecológicas reflejan precisamente un mundo que vive después de la naturaleza y después de la tradición. Se desarrollan muchas políticas del estilo de vida que no tienen precedente en la forma anterior de sociedad industrial. Hace algún tiempo los manifestantes se quejaban mucho de que se transportara a los terneros al continente en condiciones restringidas y artificiales. Sus críticos los llamaron sentimentalistas. Sin embargo, a la luz de la experiencia con la EBE, cualquiera puede ver que no era sólo sentimentalismo. Las protestas reflejaban una sensación latente de lo que puede pasar cuando la producción industrial de alimentos se aleja de la naturaleza –o de lo que alguna vez fue la naturaleza. En cierto sentido, un compromiso con los derechos de los animales es una política de mano dura –después de todo, e incluso en términos económicos muy estrechos, la crisis de la EBE ha sido un desastre. Se ha calculado que los costos para la economía británica han sido de 6 billones de libras esterlinas o quizás más.

La sociedad de riesgo no es lo mismo que el posmodernismo. Las interpretaciones posmodernas consideran que la política está llegando a su fin –el poder político simplemente pierde su significancia al acabar la modernidad. Sin embargo, la modernidad no desaparece con la llegada del riesgo manufacturado; más bien, la modernización, que continúa, adquiere nuevos significados y sutilezas. La modernización reflexiva supone y genera una política. Esa política no puede desplegarse por completo fuera del dominio parlamentario. Los movimientos sociales y los grupos especiales de interés no pueden reemplazar lo que ofrece la política parlamentaria –el medio para reconciliar los distintos intereses y también de balancear entre sí los distintos riesgos. Las cuestiones que he abordado exigen tratarse más directamente en terreno político. Un partido capaz de abordarlas de manera convincente estará en una posición privilegiada en los encuentros políticos que se desarrollarán en los siguientes años.